
Los africanoamericanos y los puertorriqueños en Nueva York: Una perspectiva político-económica ¹

Andrés Torres

*Programa de Estudios Laborales
Universidad de Massachusetts, Boston*

A pesar de importantes diferencias en sus experiencias históricas, los africanoamericanos y los puertorriqueños en Nueva York comparten una condición socioeconómica similar. Nathan Glazer y Daniel P. Moynihan (1963:299-300) fueron de los primeros en reconocer los paralelos: "En un grado que no puede dejar de asombrar a nadie que confronte esta realidad por primera vez, una porción abrumadora de ambos grupos constituye un proletariado sumergido, explotado y muy posiblemente permanente". La marcada debilidad en la posición socioeconómica de las dos minorías en la ciudad se refleja claramente en sus patrones de participación laboral, tasas de desempleo y medianas de ingreso familiar. Tales indicadores revelan que la brecha entre las minorías nativas y los blancos ha persistido durante décadas. Sin embargo, los dos grupos minoritarios difieren significativamente entre sí.

La información sobre la mediana de ingreso familiar, un indicador importante de la situación socioeconómica general, sugiere un patrón distintivo para cada minoría (véase el Cuadro 1). Para 1980, el ingreso familiar (de todas las fuentes) para los negros era el 275 por ciento de lo que había sido en 1960; para los puertorriqueños era el 228 por ciento. Midiendo el bienestar económico por este parámetro, los puertorriqueños estaban rezagados en comparación con los africanoamericanos. Del mismo modo, las diferencias en salarios—un mejor indicador de participación en el mercado laboral—también eran persistentes.² Aún más problemática era la creciente brecha entre los dos grupos minoritarios y las familias blancas, cuyo ingreso en 1980 era el 338 por ciento de la cifra de 1960.

CUADRO 1
Mediana de ingreso familiar en la ciudad de Nueva York:
Totales, blancos, negros y puertorriqueños,
1960-1980

	1960	1970	1980
Total	\$6,091	\$9,682	n.d.
Blancos	\$6,365	\$10,378	\$21,515
Negros	\$4,432	\$7,150	\$12,210
Puertorriqueños	\$3,811	\$5,575	\$8,705

Fuente: Torres (1988).

En suma, más allá de la ampliación en la brecha en el ingreso familiar entre las minorías nativas y los blancos americanos, las diferencias entre los africanoamericanos y los puertorriqueños eran notables, aunque menores. A los negros agobiados por la pobreza no debe consolarles su ventaja relativa sobre los puertorriqueños. Pero es importante para todos los afectados el apreciar los diferentes rostros de la pobreza y las rutas variadas para llegar a una condición económica subordinada.

¿Cómo explicar la diferencia? En esencia, la tesis de este artículo es que los africanoamericanos ocupaban una mejor posición que los puertorriqueños para enfrentar los cambios económicos y políticos en la Nueva York de la posguerra. A través de varias etapas de crecimiento, crisis y estancamiento económico, así como insurrección y retroceso político, los africanoamericanos obtuvieron cierta medida de protección autogenerada. Aunque los puertorriqueños estaban igualmente decididos a establecer sus reclamos, su comunidad se enfrentaba a un conjunto diferente de legados históricos, oportunidades actuales y limitaciones. Este artículo se dedica a analizar estas variaciones en la experiencia de los africanoamericanos y los puertorriqueños en Nueva York.

Al comparar el desarrollo de los dos grupos, examinaré su trasfondo histórico para determinar cómo reaccionaron a los cambios económicos y políticos en la ciudad. La capacidad para aprovecharse del cambio es clave. Igualmente importante es la capacidad del grupo para protegerse de los peores efectos de las transformaciones económicas y políticas. La interacción entre la dislocación económica y la subordinación racial pone una gran presión sobre la capacidad de los grupos para acceder al poder político.

Como minorías subordinadas, los africanoamericanos y los puertorriqueños han tenido que confrontar barreras continuas de discriminación racial y étnica. Bajo tales circunstancias, la capacidad del grupo para controlar su propio futuro político y económico depende fundamentalmente del nivel de desarrollo de su infraestructura comunitaria: la fundación subyacente de organizaciones, redes y prácticas tradicionales del grupo que lo unen como comunidad. Esta noción de infraestructura incluye una amplia gama de rasgos históricos e institucionales de la comunidad, tales como sus patrones de migración y asentamiento; sus características residenciales; sus instituciones sociales y religiosas; y su organización política. La interacción entre estas variables en el desarrollo de la comunidad, junto con los factores ideológicos, determina la capacidad del grupo para superar las barreras a la movilidad social.

Una comparación de las infraestructuras comunitarias

Migración y asentamiento

Tres rasgos afectan las oportunidades del grupo migrante para mejorar su posición social en una nueva localidad: (1) el momento de llegada; (2) las condiciones económicas en que se produce la llegada; y (3) el ritmo de su incorporación. La sociedad norteamericana frecuentemente se visualiza como un sistema de filas étnicas (*ethnic queuing system*) en que cada oleada sucesiva de migrantes establece su propio territorio y lucha por la movilidad social y económica hasta lograr su forma particular de acomodo. Los académicos han debatido el papel desempeñado por factores tales como las características culturales del grupo, la discriminación, la actividad política y una gran variedad de influencias adicionales. Pero la mayoría de los autores ha supuesto que con el tiempo los descendientes de la primera generación de migrantes encontrará su nicho dentro de la sociedad más amplia (véase Handlin 1959; Gordon 1961; Moynihan 1979; Sowell 1981).

La importancia del momento de llegada, que establece el lugar del grupo dentro de la fila, puede ilustrarse al comparar las experiencias migratorias de los africanoamericanos y los puertorriqueños. Aunque Nueva York tenía una comunidad de negros libres desde mucho antes de la Guerra Civil, la abolición de la esclavitud y el derrumbe de la economía de plantación en el sur de los Estados Unidos iniciaron la primera gran oleada migratoria de negros hacia el norte (Ottley y Weatherby 1967; Block 1969). Debido a que el capital norteño dependió de la mano de obra inmigrante de Europa hasta

la Primera Guerra Mundial, este flujo inicial de negros fue relativamente modesto. En 1890 los africanoamericanos sólo constituían el dos por ciento de la población de la ciudad de Nueva York. Sin embargo, al principio de la Segunda Guerra Mundial—cuando los puertorriqueños sólo eran 61,500—la población negra había aumentado casi siete veces, representando más del seis por ciento de la población neoyorquina (véase el Cuadro 2).

CUADRO 2
Población de la ciudad de Nueva York:
Totales, negros, puertorriqueños, 1900-1990
(en miles)

Año	Total	Negros	%	Puertorriqueños	%
1900	3,437	68	2.0	0.3	—
1910	4,767	98	2.1	0.6	—
1920	5,620	160	2.8	7.4	—
1930	6,930	341	4.9	44.9	—
1940	7,455	458	6.1	61.5	—
1950	7,892	748	9.5	246.0	3.1
1960	7,782	1,088	14.0	613.0	7.9
1970	7,895	1,668	21.1	846.7	10.7
1980	7,072	1,695	24.0	860.5	12.1
1990	7,323	1,847	25.2	896.8	12.2

Fuentes: Para el período 1900-1970, Brecher y Tobler (1977:66, 85, 88); para 1980-1990, New York City Department of City Planning (1991).

Nota: Para el período 1900-1930, la población negra incluye a otros no blancos. Para 1940-90, incluye a todos los negros no hispanos nacidos en el extranjero.

Por ende, antes de que ocurriera la migración masiva de puertorriqueños al terminar la Segunda Guerra Mundial, Nueva York tenía una comunidad negra significativa, nutrida por varias décadas de migración laboral. La llegada más temprana de los negros en números sustanciales les otorgó una importante ventaja relativa sobre los puertorriqueños. Desde un punto de vista estrictamente cronológico, los africanoamericanos ingresaron antes al mercado laboral y tuvieron más tiempo para construir las organizaciones sociales, políticas y culturales indígenas que fortalecerían su estructura comunitaria.

Las condiciones económicas existentes al momento de la migración masiva inicial son igualmente decisivas para los patrones de migración y asentamiento. Durante las primeras tres décadas del siglo 20, a medida que la economía de la ciudad de Nueva York crecía, los africanoamericanos encontraron empleo como trabajadores en el servicio doméstico y obreros manuales; en el sector gubernamental

desempeñaron primordialmente funciones como trabajadores manuales en empleos de mantenimiento (Glazer y Moynihan 1963:26-27; Katznelson 1973:79). Los años de la Depresión interrumpieron drásticamente este patrón de absorción gradual, pero la Segunda Guerra Mundial ocasionó una nueva demanda de mano de obra negra. Exceptuando la década de 1930, los africanoamericanos encontraron un lugar en la fuerza laboral local, aunque en los estratos marginales y las ocupaciones no calificadas.

Para los puertorriqueños las condiciones fueron diferentes. Durante los años veinte se estaba formando una incipiente comunidad (aunque no en la escala de los africanoamericanos) y, al igual que en el caso de los negros, los primeros en llegar encontraron trabajo solamente en los sectores menos diestros y marginales de la economía como trabajadores manuales y obreros de fábrica. Las mujeres puertorriqueñas se concentraron en actividades informales como la costura por piezas y el cuidado infantil, además de alquilar cuartos en sus apartamentos. Como niñas en Puerto Rico, muchas de estas mujeres habían recibido adiestramiento en las artes de la aguja, así que formaron el núcleo de una mano de obra ideal para la industria del vestido en Nueva York. Las que no conseguían empleo en fábricas o como costureras en el hogar frecuentemente cosían sus propios vestidos independientemente y los vendían de puerta en puerta. Otras trabajaban como tabaqueras y domésticas (Sánchez-Korrol 1984:47-57).

Pero no fue hasta la segunda posguerra que los puertorriqueños llegaron en grandes números, y para principios de la década de 1950 Nueva York estaba entrando en un período de deterioro a largo plazo en los empleos que típicamente atraen a los trabajadores migrantes sin destrezas. Los puertorriqueños tuvieron pocas dificultades en encontrar trabajo en la manufactura liviana, usualmente como operadores de máquinas en la industria del vestido. Pero este éxito temprano fue engañoso porque ocurrió al principio de una decadencia secular. Aunque los puertorriqueños reemplazaron a las generaciones anteriores de obreros judíos e italianos en las fábricas, estaban ingresando mayormente a industrias estancadas (Fitzpatrick 1971:61).

La diferencia entre los patrones migratorios de los africanoamericanos y los puertorriqueños se ilustra aún más al comparar el ritmo de llegada de ambos grupos. En las dos décadas de su mayor expansión (1910-1930), la comunidad africanoamericana creció por un factor de alrededor de 3.5; la comunidad puertorriqueña, en su período equivalente (1940-1960), por un factor de 10. La migración neta promedio de los puertorriqueños a los Estados Unidos continentales entre 1898 y 1945 fue de menos de 2,000 personas. En los

tres años de 1946 a 1948, más puertorriqueños llegaron a los Estados Unidos que todos los años anteriores combinados (U.S. Commission on Civil Rights 1976: Cuadro 8). En comparación, la migración de negros durante la primera posguerra fue más moderada, sin desplegar cambios explosivos. La migración puertorriqueña alcanzó niveles extremadamente grandes en un período relativamente comprimido. Durante la década de 1950, llegaron más puertorriqueños que negros a Nueva York.

Una de las consecuencias de la incorporación más gradual de los africanoamericanos fue que permitió a los primeros migrantes desempeñar un papel importante en el liderato y desarrollo de la creciente comunidad. Entre 1897 y 1913, la Democracia Unida de Color (*United Colored Democracy*) presionó al gobierno municipal para obtener puestos de trabajo y otras organizaciones negras cabildearon con el gobierno federal por empleos en la ciudad. Aunque estas posiciones eran de bajos salarios y estaban segregadas, proporcionan evidencia de la incipiente influencia política de los negros en Nueva York (Katznelson 1973:78). Durante la década de 1920, el número de empleos municipales ocupados por africanoamericanos aumentó consistentemente, gracias a las conexiones políticas. El Comité No-Partidista de Ciudadanos de Color (*Colored Citizens Non-Partisan Committee*), que incluía a W.E.B. Du Bois entre sus miembros, promovió la participación de los negros en las elecciones para alcalde de Nueva York en 1929. El comité endosó la reelección de James J. Walker, citando su récord de aumento de los empleos de la ciudad para los africanoamericanos durante los años veinte. Durante la incumbencia de Walker (1917-1929), el número de negros empleados en el gobierno de la ciudad aumentó de 247 a 2,275 (Spero y Harris 1974:412).

Aunque detuvieron muchos de estos avances, los años de la Depresión ocasionaron un aumento en la actividad política de los africanoamericanos, centrada en una lucha más militante. De nuevo, un liderato comunitario previamente establecido, atemperado por décadas de participación en la política local, dirigió muchas de estas campañas y movimientos insurgentes. Bajo el liderato del Reverendo Adam Clayton Powell, Jr., el Comité Coordinador de Nueva York sobre Empleo (*Greater New York Coordinating Committee on Employment*) organizó varias campañas para denunciar las prácticas discriminatorias de algunas compañías de utilidades públicas. Por años, empresas como la Con Edison y la New York Telephone Company se habían resistido a contratar africanoamericanos y sólo bajo presión pública y boicots finalmente cedieron a fines de los

años treinta. En 1939, Powell inició un movimiento sumamente visible para asegurar trabajos de cuello blanco para los negros en la Feria Mundial de Nueva York. Otras organizaciones, muchas de ellas establecidas en Harlem y apoyadas por elementos más radicales, surgieron para confrontar las crisis de la Depresión en la vivienda, el empleo y el bienestar social. Grupos como la Alianza de Trabajadores abogaron por los recipientes del bienestar social y organizaron protestas contra los desalojos (Naison 1983: Capítulo 10). En el frente laboral, figuras como A. Philip Randolph se convirtieron en líderes nacionales, al organizar a los trabajadores en la industria del ferrocarril. La Hermandad de Porteros de Carros para Dormir (*Brotherhood of Sleeping Car Porters*), que desde 1925 tenía sus cuarteles nacionales en Harlem, fue reconocida finalmente en 1937, y otros líderes laborales ayudaron a organizar a los dependientes de las tiendas de Harlem (Anderson 1981:244; Spero y Harris 1974:412).

En la comunidad puertorriqueña también se desarrollaron vigorosas actividades sociales y políticas durante sus primeras etapas de asentamiento en la década de 1920. Aunque no fueron tan visibles para el público general como las actividades de la comunidad negra, las actividades de los puertorriqueños absorbieron las energías y las preocupaciones de los migrantes. Se formaron varias coaliciones, algunas para promover cambios en la situación política de la Isla, otras para combatir la discriminación y facilitar el ajuste de los migrantes a la nueva sociedad. Como otras comunidades migrantes, los nuevos residentes dependían de redes informales entre familiares y compueblanos para encontrar empleo, obtener ayuda de traducción y asegurarse albergue (Sanabria 1991; Ortiz 1990). Con una población bastante estable desde la década de 1920 hasta la Segunda Guerra Mundial, la comunidad estaba desarrollando una base sólida de capacidad organizativa.

No obstante, el inmenso volumen de la migración puertorriqueña de la posguerra sobrecargó la infraestructura comunitaria de la preguerra. La movilidad social de las poblaciones migrantes procede mejor cuando hay un balance entre el asentamiento establecido y los contingentes de recién llegados. Para que las redes étnicas y familiares funcionen efectivamente como canalizadoras del proceso migratorio, el contingente establecido no puede ser desplazado por los recién llegados. Las inmigraciones masivas pueden ahogar la infraestructura comunitaria de sus compatriotas ya establecidos. El ritmo acelerado de la migración puertorriqueña a fines de los cuarenta y principios de los cincuenta alteró el equilibrio necesario entre los migrantes recién llegados y la comunidad asentada. La comunidad

previamente establecida no se había consolidado lo suficiente como para proporcionar liderato e influencia, dados la rapidez y el tamaño de la nueva migración. En parte, Angelo Falcón (1984:39) le atribuye la reducción en el activismo político de los puertorriqueños en Nueva York a fines de los cuarenta y cincuenta, al desbalance entre el tamaño de la población inmigrante y la comunidad establecida.

Patrones residenciales

El mayor tamaño de la población negra coincidió con la mayor densidad de sus comunidades residenciales, especialmente en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La distribución poblacional de los africanoamericanos les permitió obtener cierto grado de representación política dentro de la estructura cívica de la ciudad, una correlación anotada por los historiadores desde la primera mitad de este siglo. Para 1920 la migración de los negros hacia el norte aseguró una base suficientemente grande en Harlem para otorgarles prácticamente la mayoría de los votantes en dos distritos de la asamblea estatal. La creciente proporción negra de la población significó un aumento cualitativo en su influencia política, según Gilbert Osofsky (1971:177). Aunque todavía están subrepresentados en comparación con su proporción de la población total de la ciudad, la proporción de funcionarios negros electos hoy día es más alta que la de los puertorriqueños. Areas como Harlem, Bedford-Stuyvesant, South Jamaica, Morrisania y Crown Heights están tan densamente pobladas por africanoamericanos que éstos casi siempre tienen asegurado el control de las estructuras de representación política y los programas de servicios sociales basados en estas comunidades.

Dos factores produjeron esta configuración: la segregación racial y la política de vivienda pública. El modesto nivel de poder político facilitado por la densidad poblacional de la comunidad africanoamericana fue una consecuencia irónica de la larga historia de segregación racial a la que han estado sujetos los negros en los Estados Unidos. Históricamente, las prácticas discriminatorias de los propietarios de vivienda y los agentes de bienes raíces impidieron la integración racial de áreas residenciales. Aunque ha sido ilegal por décadas el denegar vivienda a un miembro de un grupo minoritario, las leyes son casi imposibles de implantar debido a que hay muchos propietarios y pocos cuerpos reguladores. Más aún, es extremadamente difícil probar la discriminación en las cortes y casi todas las víctimas se resisten a iniciar largas batallas legales. Limitada por escasos recursos económicos y la escasez persistente de vivienda, la

comunidad africanoamericana se ha apiñado en un número relativamente pequeño de áreas residenciales.

Los proyectos de vivienda pública, que albergan a una proporción sustancial de las minorías y los pobres en los Estados Unidos, también han amoldado el patrón residencial de los negros. A principios de los sesenta, estos proyectos ayudaron a preservar la apariencia de integración residencial en algunos vecindarios porque muchos de ellos estaban localizados en áreas adyacentes a vecindarios blancos (Glazer y Moynihan 1963:54). Para esa época, sin embargo, los africanoamericanos ocupaban alrededor del 40 por ciento de todas las viviendas públicas, lo cual representaba un ambiente residencial relativamente estable para un sector importante de la comunidad negra (Sánchez 1983:217).

Ninguno de estos dos factores—segregación racial y política de vivienda pública—ha tenido los efectos de aglomeración en los puertorriqueños que ha tenido en los negros. Terry Rosenberg y R.W. Lake (1976:1148) encontraron que la segregación en la vivienda era mayor entre los negros que entre los puertorriqueños. Aunque los puertorriqueños se vieron menos afectados por la discriminación en la vivienda que los negros, la llegada posterior y las condiciones socioeconómicas inferiores forzaron a los puertorriqueños a ocupar una posición aún más vulnerable debido al empeoramiento en la escasez de vivienda para los pobres. (Para una descripción de la escasez de vivienda durante este período, véase Jackson [1981]). Obligados a aceptar cualquier tipo de vivienda, muchos puertorriqueños carecían de las conexiones políticas para competir con otros grupos por la vivienda pública, incluyendo a los blancos de clase trabajadora que querían ingresar a los proyectos. La comunidad puertorriqueña se caracterizó así por una mayor dispersión y fragmentación en sus patrones residenciales que la comunidad africanoamericana. Incluso en las llamadas áreas puertorriqueñas, los puertorriqueños frecuentemente tenían que compartir recursos y poder político con otros grupos: en Williamsburg, con residentes judíos; en el este de Harlem y el sur del Bronx, con italianos y judíos en el pasado y actualmente con negros; y en el Lower East Side, con asiáticos y judíos (véase Calitri y Falcón 1982).³

Después de revisar las condiciones que inhibieron la concentración residencial de los puertorriqueños durante los sesenta, Joseph Fitzpatrick (1971:57) concluyó que era “mucho más difícil mantener la cohesión de una comunidad puertorriqueña estable” en comparación con grupos de inmigrantes anteriores. Como apuntaron Glazer y Moynihan (1963:94), el este de Harlem no logró convertirse en la

base de una población puertorriqueña aún mayor debido al “vasto programa de eliminación de arrabales y vivienda pública que derrumbó las concentraciones puertorriqueñas en cuanto éstas se formaban e impidió que se formaran nuevas concentraciones”. Otras intervenciones surgieron posteriormente en el lado oeste de Manhattan cuando el complejo de Lincoln Center desplazó a una numerosa comunidad puertorriqueña y de nuevo en la década de 1970 cuando el sur del Bronx prácticamente se despobló como resultado del deterioro en la vivienda y los incendios premeditados (Rodríguez 1989: Capítulo 5).

Estas condiciones produjeron la principal distinción entre los patrones residenciales de las dos minorías examinadas en este ensayo: la base residencial africanoamericana tendió a concentrarse y contenerse geográficamente; los puertorriqueños tuvieron que enfrentarse a condiciones de vivienda más dispersas e inestables.

Instituciones religiosas

Pueden detectarse otras diferencias en las instituciones religiosas de los dos grupos, las cuales desarrollaron distintas funciones. En la comunidad negra, las iglesias son esencialmente indígenas, fomentadas y dirigidas por africanoamericanos. Históricamente, las iglesias negras contribuyeron a la creación de mecanismos de autoprotección para el desarrollo comunitario y la participación en la sociedad más amplia. En la década de 1920, solamente en Harlem había 160 iglesias, muchas de ellas de pequeña escala. Organizaciones como la Misión de Paz dirigida por el padre Divine establecieron pequeñas empresas como parte de sus actividades para levantar fondos, según fueron catalogadas por Jervis Anderson (1981:252): “colmados, casas de alquiler, kioscos para limpiar zapatos, barberías, lavanderías, puestos para vender periódicos y pequeñas cafeterías que servían comida por quince centavos”.⁴ Incluso las iglesias negras establecidas, que se sentían amenazadas por las iglesias locales más pequeñas, ejercían una autonomía considerable dentro de las denominaciones protestantes nacionales a las que estaban afiliadas.

Es difícil evaluar la actividad política de la comunidad africanoamericana sin tomar en cuenta la influencia de estas organizaciones y líderes religiosos. Desde finales de la década de 1930, cuando asumió el liderato de la Iglesia Abisinia Bautista, con sus 14,000 miembros, Adam Clayton Power, Jr., dirigió la participación de su congregación en los grandes eventos sociales y políticos de la comunidad africanoamericana, justo hasta la era del movimiento de derechos civiles. Siguiendo la tradición liberal de

su padre, Powell predicó un "evangelio social" que identificaba a la iglesia con las necesidades sociales y políticas de la comunidad negra (Anderson 1981:256, 258). Como observaron Glazer y Moynihan (1963:80): "En las comunidades negras de Nueva York, al igual que en otras partes del país, es difícil subestimar la importancia de las iglesias negras. Estas iglesias... desempeñan un papel en la política que ninguna iglesia de otro grupo étnico puede aspirar a desempeñar".

Esta influencia vital de la iglesia se puede atribuir parcialmente a la exclusión de los negros de las estructuras políticas dominantes, tanto nacionalmente como en Nueva York. Al encontrarse con múltiples rutas bloqueadas a la política establecida, los africanoamericanos utilizaron su legado religioso y sus costumbres como un modo de apoderamiento—otra instancia que sirvió a una población oprimida para crear sus propios mecanismos de movilidad social.

Charles Green y Basil Wilson (1989) creen que el deterioro de la política partidista tradicional en los años sesenta le otorgó aún mayor alcance a la actividad política de las organizaciones religiosas de la comunidad negra de Nueva York. Después de estudiar varios grupos eclesiales involucrados en asuntos sociales y políticos durante las décadas de 1970 y 1980, estos autores descubrieron una gama impresionante de actividades comunitarias. Usando varias estrategias y tácticas, las iglesias llevaron a cabo agendas sociales incluyendo campañas electorales, programas antidiscriminatorios en las áreas de vivienda y empleo, e iniciativas de desarrollo económico local. A veces por su cuenta, pero frecuentemente participando en coaliciones multirraciales, las iglesias negras fomentaron el surgimiento de organizaciones comunitarias vinculadas a grupos religiosos de la ciudad (Green y Wilson 1989:81).

La participación religiosa de los puertorriqueños en Nueva York presenta un cuadro distinto. Aunque la mayoría de los inmigrantes son nominalmente católicos, la influencia religiosa y social de la Iglesia Católica entre ellos se ha quedado corta en cuanto a sus expectativas de intervención en el ambiente hostil que recibe a los inmigrantes. Como señalan Glazer y Moynihan (1963:103), "el impacto [de la Iglesia] en la gente, en cuanto a guiar sus vidas y amoldar sus ideas, y en servir como vehículo para su vida social, es relativamente pequeño". Sin un clero puertorriqueño y con una base económica severamente limitada en las áreas puertorriqueñas, la Iglesia Católica en la ciudad de Nueva York no ha sido particularmente efectiva en la promoción de políticas y programas para aumentar la fuerza política de la comunidad.

De manera muy parecida a la Iglesia Católica de origen hispánico en Puerto Rico, las instituciones católicas de la ciudad de Nueva York han limitado sus actividades a funciones estrictamente espirituales. Incluso durante la década de 1960, en el apogeo de su involucramiento en la comunidad, el liderato de la Iglesia Católica norteamericana—predominantemente de origen irlandés—se resistió a los esfuerzos de los feligreses y el clero que deseaban una mayor orientación hacia la acción social. El liderato prefirió más bien enfocarse en las funciones pastorales. En este sentido, la jerarquía de la Iglesia respondió primordialmente a los deseos de su base tradicional de grupos blancos étnicos conservadores, quienes se sentían poco atraídos por la teología de la liberación que estaba empujando a la Iglesia hacia la acción social en América Latina. Pero al no hacer por los puertorriqueños lo que había hecho por los inmigrantes polacos, italianos e irlandeses—es decir, servir como vehículo para la movilidad social—, la Iglesia perdió muchos miembros potenciales entre los nuevos inmigrantes. Y la comunidad puertorriqueña perdió una oportunidad de desarrollar un mecanismo potencialmente importante para fortalecer su infraestructura comunitaria. (Sobre el papel de la Iglesia en comunidades inmigrantes anteriores, véase, por ejemplo, Linkh [1975] y Tomasi [1975].) Antonio Stevens-Arroyo (1984) ha trazado el debate interno entre las filosofías orientadas hacia la acción “pastoral” y la “social”, planteando que la Iglesia no logró desarrollar un “catolicismo étnico” entre los puertorriqueños.

En años recientes, el crecimiento de grupos protestantes autónomos, independientes de las iglesias establecidas y dirigidos por clérigos y laicos puertorriqueños, ha comenzado a llenar este vacío. Además, aunque su influencia en la vida política de la comunidad apenas comienza a sentirse, las denominaciones protestantes han aumentado su participación en los asuntos comunitarios en algunas áreas como el sur del Bronx, donde residen tanto puertorriqueños como africanoamericanos (sobre el surgimiento de los grupos pentecostales, véase Fitzpatrick 1971:127-29). Green y Wilson (1981:80, 75-77) documentan las actividades comunitarias de las iglesias protestantes del sur del Bronx y de la Iglesia Católica en el norte del Bronx, donde conviven africanoamericanos y latinos.

Organización política

La mayor base poblacional y la presencia histórica más larga de los negros han engendrado una red más amplia de instituciones políticas y culturales entre los africanoamericanos que entre los puertorriqueños en Nueva York. (Sobre el impacto de estas instituciones

en el desarrollo de la comunidad negra y en Nueva York, véase Clark [1965]; Scheiner [1965]; y Ottley y Weatherby [1967]). El primer funcionario negro fue electo en 1917 y la experiencia africanoamericana influyó crecientemente en la vida cultural y política de Nueva York durante la década de 1920. El Renacimiento de Harlem subrayó la influencia negra temprana en la ciudad, como señalan Roi Ottley y William J. Weatherby (1967:245): "Una nueva fase en el desarrollo de los negros de Nueva York tuvo lugar a principios de la década de 1920, cuando los hombres negros comenzaron a surgir del 'ghetto de la vida segregada' y a aparecer activamente en el mundo de la música, el arte, el teatro y la literatura... Este desarrollo fue de alcance nacional pero su etapa más conspicua fue en Harlem".

Muchas organizaciones nacionales y locales surgieron en la comunidad negra de Nueva York en respuesta a una amplia gama de asuntos relacionados políticamente: los derechos civiles, el trabajo, los servicios sociales y la solidaridad internacional. Las precarias condiciones de la Depresión fomentaron un desarrollo aún mayor de estas organizaciones. Las tensiones sociales llegaron a su clímax en los grandes disturbios de Harlem de 1935, que se convirtieron en un punto focal para la unidad negra de la época (Rubenstein y Fogelson 1969). Al comparar las organizaciones y los líderes negros en la ciudad de Nueva York con los de Chicago, James Q. Wilson (1960:98-99) comentó:

En Nueva York... la prensa y los líderes cívicos negros plantean una serie de críticas continuas contra la ciudad en cuanto a la segregación escolar, las facilidades escolares inadecuadas, la supuesta brutalidad policial... Las demandas legales... son más comunes... El número y la fortaleza de las asociaciones voluntarias relacionadas con asuntos raciales son mayores en Nueva York.

La evidencia del período de activismo social de la década de 1960 indica que las instituciones políticas africanoamericanas, comparadas con las de la comunidad puertorriqueña, se habían desarrollado más sólidamente. Como señalé anteriormente, una razón puede ser que la migración masiva de fines de los cuarenta y cincuenta había sumergido a la comunidad puertorriqueña de la primera preguerra— con su amplio abanico de instituciones comunitarias embrionarias.

Otros rasgos de la experiencia puertorriqueña pueden haber contribuido al desarrollo relativamente lento de organizaciones políticas. Una influencia importante fue la rama neoyorquina de la Oficina del Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Establecida en 1948 para asistir a los migrantes recién llegados, la oficina era una subsidiaria del gobierno insular, reconocida por las agencias del gobierno

federal como una entidad oficial para ayudar a los puertorriqueños en el proceso de asentamiento. La oficina asumió responsabilidad por funciones tales como supervisar el programa de trabajadores agrícolas contratados; referir a los recién llegados a oportunidades de empleo, vivienda y servicios sociales; y familiarizar a los puertorriqueños con las circunstancias legales y culturales de la vida en los Estados Unidos continentales.

A pesar de estos objetivos loables, las evaluaciones retrospectivas de la Oficina del Estado Libre Asociado han manifestado algunas críticas sobre la manera en que se insertó en la vida de la creciente comunidad. Algunos analistas creen que esta organización, que asumió un papel dominante en darle servicio y apoyar a los migrantes recién llegados, tuvo un efecto negativo sobre el desarrollo de un liderato y una capacidad organizativa local (Fitzpatrick 1981:64; Jennings 1977:75-85). Nuevas estructuras de asentamiento instaladas a distancia en la posguerra tendieron a reemplazar a las organizaciones comunitarias de la preguerra y así ayudaron a impedir el desarrollo autónomo de organizaciones y redes puertorriqueñas en los Estados Unidos continentales. James Jennings (1977:76-77) anota la dependencia de las organizaciones puertorriqueñas en Nueva York sobre el gobierno de la Isla:

Quizás esta sea una razón de por qué le ha tomado tanto tiempo a los puertorriqueños comenzar a organizarse políticamente... Cualquier asociación que el gobierno de la ciudad de Nueva York tuviera con la Oficina del Estado Libre Asociado usualmente se atemperaba con una consulta previa con la Oficina del Estado Libre Asociado. Los grupos étnicos previos... elegían a sus propios miembros para negociar con los líderes políticos y gubernamentales de la ciudad... La Oficina del Estado Libre Asociado ha impedido el desarrollo de lazos de patronazgo en la comunidad puertorriqueña. Los líderes políticos, los patronos, eran innecesarios ya que la Oficina del Estado Libre Asociado representaba a los puertorriqueños.

Otro factor que ha dificultado el desarrollo de instituciones políticas locales ha sido el patrón de migración de retorno y circulación dentro de la comunidad puertorriqueña. A diferencia de la mayoría de los inmigrantes europeos, los puertorriqueños no quemaron sus puentes al dejar su país. La ciudadanía norteamericana, los sistemas de transportación moderna y la inestabilidad económica en ambos puntos del circuito migratorio promovieron el flujo constante de puertorriqueños entre la Isla y el continente.

Oscar Lewis (1966:x) atribuyó este movimiento continuo de personas a las dificultades especiales de los puertorriqueños en el proceso

de aculturarse a la sociedad norteamericana. Pero dicho patrón también puede interpretarse como resultado de la integración acelerada de Puerto Rico a la economía norteamericana después de la Segunda Guerra Mundial. En verdad, el patrón migratorio puertorriqueño refleja el aún más fluído movimiento de capital: sin obstrucciones tarifarias o legales para regular el flujo de inversiones, las corporaciones norteamericanas pueden establecer operaciones en Puerto Rico tan fácilmente como pueden mudarse de Nueva York al sur de los Estados Unidos. Desde esta perspectiva, el perenne flujo migratorio en ambas direcciones ha ocurrido esencialmente a causa de las condiciones marginales de vida a las que están sujetos los puertorriqueños tanto en la Isla como en los Estados Unidos continentales (Bonilla y Campos 1986).

La inestabilidad que emana de estas condiciones tiene la consecuencia adicional de socavar la infraestructura esencial para el desarrollo de una comunidad. Si los puertorriqueños se ven forzados a moverse constantemente en busca de seguridad residencial y económica, la creación de estructuras comunitarias duraderas se subvierte. El poder político a nivel comunitario requiere la participación de las familias y los individuos en todas las esferas de la actividad cívica: escuelas, agencias de servicios sociales, iglesias, asociaciones voluntarias y gobierno local. Una comunidad desventajada económicamente no puede darse el lujo de una rotación sustancial en su población, especialmente entre sus estratos dirigentes; que esta rotación esté fuera de su control sólo complica el problema.

Los datos disponibles indican que la tendencia circulatoria disminuye entre los inmigrantes puertorriqueños de segunda y tercera generación, pero aún no se ha establecido un patrón estable. A principios de la década de 1970, cuando las condiciones recesionarias en los Estados Unidos aumentaron el desempleo, se produjo una migración neta de retorno a Puerto Rico. Una complicación adicional fue la tendencia de muchos migrantes de segunda generación que regresaron a vivir a la Isla (Jackson 1981:117).

Finalmente, el factor lingüístico debe tomarse en cuenta al evaluar las actividades económicas y políticas de los puertorriqueños en Nueva York. El que muchos puertorriqueños sólo hablen español tiende a confinarlos a trabajos de bajos salarios que no requieren el dominio del inglés. En 1969, sólo el 29 por ciento de los puertorriqueños indicó que usualmente hablaba inglés en su casa, comparado con el 94 por ciento de la población total de los Estados Unidos. El 60 por ciento de los puertorriqueños mayores de 25 años informó que podía leer y escribir en inglés, comparado con el 94 por ciento

de la población total de los Estados Unidos (Wagenheim 1975:87). Un estudio auspiciado por la National Commission for Employment Policy (1982:46-47) documentó la concentración ocupacional de los hispanos. Las diferencias lingüísticas también constituyeron un factor importante en el mantenimiento de la debilidad política de la comunidad puertorriqueña durante los años inmediatos a la Segunda Guerra Mundial: hasta 1964, todos los ciudadanos del estado de Nueva York debían aprobar un examen de lectura en inglés antes de inscribirse para votar (Fitzpatrick 1971:57).

Infraestructura comunitaria y poder político

Tal parece, pues, que las condiciones de pobreza y marginación que han sufrido históricamente ambos grupos, africanoamericanos y puertorriqueños, han tenido efectos distintos en sus respectivas infraestructuras comunitarias. Para los africanoamericanos estas condiciones contribuyeron a consolidar internamente sus instituciones indígenas y autónomas; para los puertorriqueños tendieron a fragmentar y dispersar la fortaleza potencial de la comunidad. En suma, la fuerza relativa de la infraestructura comunitaria negra resultó en un mayor potencial para ejercer el poder político.

Debido a que la medición de la infraestructura comunitaria y su correspondiente poder político no es tarea fácil, la comparación entre los dos grupos está plagada de limitaciones. Pero la investigación y la reflexión sería usualmente han llevado a la conclusión de que la comunidad africanoamericana desarrolló un mayor nivel de poder político que la comunidad puertorriqueña en Nueva York. Refiriéndose al período de la posguerra, Adalberto López (1980:326) escribe: "Comparados con los logros modestos de los políticos negros y chicanos, los de los puertorriqueños fueron insignificantes. No había entre ellos ni siquiera una contrapartida al NAACP (*National Association for the Advancement of Colored People*) de los negros o el LULAC (*League of United Latin American Citizens*) de los chicanos". Oscar Handlin (1959:118) señaló que el desarrollo de la conciencia política y grupal entre los puertorriqueños estaba ocurriendo "más lentamente que entre los negros".

Los autores que asumen la posición de que los negros lograron integrarse más rápidamente que los puertorriqueños al sistema político dominante han utilizado varios indicadores para medir su grado de asimilación o integración. Algunos han señalado el subdesarrollo relativo de las actividades electorales de los puertorriqueños en Nueva

York (Fitzpatrick 1971:58; Jennings y Rivera 1984:3-4). En su análisis de organizaciones voluntarias, Steven Cohen y Robert E. Kapsis (1978:1051-71) encontraron que los puertorriqueños participaban menos que los negros en tales asociaciones. Dale Nelson (1984) concluyó que no sólo el activismo comunitario era menor entre los puertorriqueños que entre los negros sino que tampoco aumentaba sustancialmente entre los migrantes puertorriqueños de segunda generación—contrario a las expectativas de la mayoría de las teorías sobre la asimilación.

Las implicaciones de la fuerza relativa de la infraestructura comunitaria negra salen a relucir en investigaciones que demuestran que el poder político conduce a una mejoría en las oportunidades de empleo para las minorías, especialmente en el sector público. La representación étnica es clave porque los líderes del grupo que obtienen posiciones de poder dentro de las estructuras políticas mayores tienden a rendirle cuentas a sus electores. Interpretando el poder político negro como expresión de actividad política étnica, P.K. Eisenger (1982) encontró que el aumento en la actividad política produjo un incremento en la contratación de negros para puestos en el servicio público. Tras realizar un estudio de los datos nacionales de acción afirmativa para 1973 y 1978, Eisenger concluyó que el potencial electoral del tamaño de la población negra es el principal determinante del empleo municipal negro. Para las ocupaciones más prestigiosas, Eisenger prácticamente no encontró efectos independientes de las características educativas de la población negra sobre el empleo negro. El poder político, medido a partir del tamaño potencial de la población electoral, fue el factor central en el empleo en el sector público.

Thomas R. Dye y James Renick (1981) confirmaron esta asociación entre el poder político minoritario y el empleo en el gobierno local. Enfocándose en las categorías de empleos municipales en que han estado subrepresentadas históricamente las minorías, Dye y Renick (1981:484) encontraron que

para los negros e hispanos, el empleo en los mejores empleos de la ciudad parece ser una función del poder político, tal y como se refleja en la representación en el consejo municipal. [Esta representación] es más importante para obtener un empleo municipal en posiciones administrativas, profesionales y protectivas [policías, bomberos] que cualquier otro factor, incluyendo los niveles de ingreso y escolaridad.

Luchas por la igualdad social y la movilidad económica

La insurrección

El fin de la Segunda Guerra Mundial reanudó la lucha económica y social entre los africanoamericanos en Nueva York. En el plano económico, grupos como la Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color (NAACP, por sus siglas en inglés), el Congreso de Igualdad Racial (CORE, por sus siglas en inglés) y la Liga Urbana iniciaron campañas contra la discriminación en el empleo (Block [1969: Capítulo 10] relata algunas campañas realizadas entre 1950 y 1965). A finales de la década de 1950 esta presión comenzó a producir resultados, según Charles Abrams (1959:30):

Se han obtenido logros importantes... en la ciudad de Nueva York en la industria de las comunicaciones, en el trabajo clerical en general, en las industrias de servicio y se han hecho grandes avances en las tiendas por departamento... Ahora hay conductores de trenes negros en el Ferrocarril de Pennsylvania, dependientes de reservaciones y otros trabajadores en las líneas aéreas, empleados en los bancos, vendedores en las compañías de seguro, choferes de camión, etc. Los avances, aun cuando no son dramáticos numéricamente, son importantes porque abren nuevos campos de oportunidades y aspiraciones.

En la próxima década, a medida que crecía su población y los programas federales de la Gran Sociedad alimentaban las nóminas del sector público, los negros ampliaron su presencia en el empleo gubernamental. En 1964, un estudio de los patrones de empleo dentro de la fuerza laboral municipal informó que "de unos 177,500 empleados a tarea completa de las 66 agencias encuestadas, alrededor del 23% eran negros y el 3% eran puertorriqueños. En comparación, alrededor del 14 por ciento de la población [de la ciudad] en 1960 era negro y el 8 por ciento era puertorriqueño" (New York Commission on Human Rights 1964:3). Evidentemente, la proporción de los dos grupos en el empleo público difería marcadamente para mediados de los años sesenta.

Para 1971 tanto los negros como los puertorriqueños habían expandido su representación laboral en el gobierno local: en las siete mayores agencias municipales la fuerza laboral minoritaria constituía un tercio del total; los sistemas de escuelas, salud pública y vivienda empleaban el grueso de estos trabajadores (Ellison 1976:339, Cuadro 5). Estos avances también repercutieron entre los miembros de los sindicatos laborales. La tradicional resistencia de las uniones de servidores públicos al ingreso de las minorías empezó a ceder

Tal parece que la pobreza y marginación que han sufrido históricamente ambos grupos, africanoamericanos y puertorriqueños, han tenido efectos distintos en sus infraestructuras comunitarias.

durante el período de la insurrección, aunque estos logros se debieron al crecimiento del sector público tanto como a la mejorada posición política de los grupos antiguamente excluidos. Las uniones públicas se habían opuesto tradicionalmente a las reformas en los procedimientos de personal que aumentarían las oportunidades de empleo para las minorías. Estas reformas se aprobaron finalmente a fines de la década de 1960, bajo la administración del alcalde John Lindsay, quien modificó muchas regulaciones y abrió puestos para un mayor número de africanoamericanos y puertorriqueños (Shefter 1987:75, 90). Michael Oreskes (1987) señala la creciente influencia de los líderes minoritarios en las uniones postales, de salud y vestido así como en el sector laboral municipal.

El aumento en las nóminas gubernamentales durante la década de 1960 produjo una proliferación de sindicatos entre los empleados públicos. El Distrito 37 de la Federación Americana de Empleados Estatales, de Condado y Municipales (AFSCME, por sus siglas en inglés) se convirtió en el local más grande de los Estados Unidos y la unión más grande de la ciudad. El liderato de la unión reflejó cada vez más la creciente base de la unión entre los miembros de grupos minoritarios y se instituyeron programas especiales para facilitar su participación en la unión y el desarrollo laboral, especialmente de las mujeres negras. Uno de estos proyectos, iniciado por Lillian Roberts del Consejo del Distrito 37, creó programas educativos y de adiestramiento para mejorar las oportunidades de empleo de las mujeres sindicalizadas (véase Bellush 1987).

Estas señales de progreso en los setenta distan mucho de la situación de los cincuenta cuando un movimiento primordialmente compuesto por mujeres puertorriqueñas enfrentó una oposición atrincherada de parte del liderato de la Unión Internacional de Mujeres Trabajadoras del Vestido (ILGWU, por sus siglas en inglés). Sofocando reclamos de una mayor democracia, la ILGWU rehusó en aquel momento reconocer una unidad hispanoparlante, aunque había

permitido que las trabajadoras italianas crearan sus propias subsidiarias. A principios de los sesenta, cuando los fondos federales se hicieron disponibles para mejorar las destrezas de los trabajadores en industrias marginales, el alto liderazgo de la unión bloqueó la legislación argumentando que los productores de vestido necesitaban mano de obra no diestra (Ortiz 1990:119).

Movimientos afines en la esfera social y política, ejemplificados en la militancia del movimiento del Poder Negro, proporcionaron igual ímpetu para cuestionar el status quo. A diferencia de las luchas antidiscriminatorias de la década de 1930, usualmente incluidas bajo los conflictos de clase, estos nuevos movimientos tendían a afirmar la primacía de la raza sobre la clase. La prosperidad de la Guerra Fría parecía beneficiar a la clase obrera blanca pero dejar abandonadas a las minorías. Mientras la dominación racial procedía con una incomodidad mínima para el americano blanco promedio, para los africanos americanos ella representaba una estrategia fundamental a cuestionar. Así fue que el Poder Negro llegó a significar control de la comunidad, la idea de que los grupos dominados tenían que depender de estrategias basadas en la etnicidad para tomar control de las instituciones importantes en sus comunidades: las escuelas, las clínicas de salud, las burocracias de bienestar social, incluso la policía. El peso completo de la infraestructura comunitaria tendría que desplegarse si estas luchas iban a resultar exitosas.

Esta nueva orientación complementó la preocupación con los asuntos del empleo al llamar la atención sobre la importancia del lado del consumo de las relaciones económicas. Al declarar su autoridad directa sobre las estructuras locales de la provisión de servicios, los movimientos de control comunitario trascendían las demandas tradicionales del centro de trabajo y planteaban reclamos más amplios a la ciudadanía. Como apuntó Ira Katznelson (1981:120-21):

La visión de mundo integral del nacionalismo negro produjo demandas que en dos aspectos diferían radicalmente de la articulación usual de los asuntos urbanos. Primero, no respetaba las fronteras tradicionales entre los asuntos. Los problemas de la escuela, el bienestar, la policía y la vivienda se trataban juntos, como aspectos de una condición total... Segundo, estas áreas de política eran objeto de demandas para una redistribución radical de recursos y oportunidades... Estas demandas no podían resolverse en el plano urbano dentro de las premisas de la economía política prevaleciente.

Entre los esfuerzos principales que simbolizaron esta nueva dirección estuvieron los conflictos altamente difundidos en tres distritos

modelos del sistema escolar (Intermediate School 201, Ocean Hill-Brownsville y Two Bridges), el movimiento de derechos al bienestar y la lucha en torno a los programas de Acción Comunitaria, establecidos para implantar la Guerra contra la Pobreza del gobierno federal. (Las luchas educativas se relatan en Ravitch [1974] y Gittell [1971]. Los movimientos de bienestar se analizan en Piven y Cloward [1977]. Para una reseña de los programas de acción comunitaria, véase David [1969]; Morris [1980] y Moynihan [1969].) En cada instancia, segmentos importantes de la comunidad negra se movilizaron en busca de metas amplias.

Los puertorriqueños también participaron en estos asuntos pero usualmente como socios menores dentro de coaliciones de negros y liberales. La mayor parte de las veces, cuando los puertorriqueños y otros latinos tomaban la iniciativa, se trataba de asuntos relacionados con el idioma, especialmente la lucha por la educación bilingüe. Desde principios de la década de 1950, la lucha por una educación adecuada para la creciente comunidad había sido un punto clave de unión para los puertorriqueños en Nueva York. En 1953, el Consejo de Educación de la ciudad respondió a las primeras preocupaciones de la comunidad puertorriqueña auspiciando el importante *Puerto Rican Study*, el cual reconoció que el sistema escolar no estaba bien preparado para servir a cientos de miles de nuevos estudiantes (New York City Board of Education 1958). Este estudio propuso múltiples reformas—incluyendo la adopción de la instrucción bilingüe, la contratación de educadores puertorriqueños y programas para fomentar la participación de los padres—pero pocas de ellas se llevaron a cabo. La comunidad pronto aprendió que sin presión política sus reclamos de innovación educativa no serían atendidos.

Tales experiencias llevaron a los líderes de la comunidad puertorriqueña a iniciar nuevos esfuerzos, cubriendo una gama de asuntos desde la vivienda y el empleo hasta los derechos civiles. Desde mediados de la década de 1950, surgió una nueva generación de organizaciones, producto menos de las estructuras comunitarias anteriores a la Segunda Guerra Mundial, que de los inmigrantes de primera generación de la posguerra. De nuevo, un ingrediente importante de esta nueva infraestructura lo fue la rama neoyorquina de la Oficina del Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Entre los numerosos grupos formados durante los cincuenta y principios de los sesenta estaban la Asociación Puertorriqueña para los Asuntos Comunitarios (PRACA, por sus siglas en inglés), ASPIRA (una agencia educativa y de cabildeo), el Foro Puertorriqueño y el Instituto de la Familia Puertorriqueña, todos los cuales continúan funcionando hoy día (Santiago 1978:23).

Sin embargo, más de una década después de la publicación del *Puerto Rican Study*, la situación educativa de la juventud puertorriqueña en Nueva York continuaba deteriorándose. De los 21,000 diplomas académicos de escuela superior otorgados en 1963, sólo 331 pertenecieron a estudiantes puertorriqueños. En 1960, aunque representaban el 20 por ciento de la matrícula estudiantil total, los puertorriqueños ocupaban menos del uno por ciento de todos los puestos de enseñanza y consejería. Tan tarde como mediados de los setenta el gobierno federal encontró que el sistema escolar de la ciudad de Nueva York discriminaba de facto en sus prácticas de personal (Santiago 1978:17, 19, 105). La respuesta comunitaria fue un esfuerzo concertado y abarcador para resolver diversos aspectos del problema educativo: la demanda de educación bilingüe; la participación en las insurrecciones dirigidas hacia el control comunitario; y—en el plano universitario—los movimientos hacia una política de admisiones abiertas, los programas de Estudios Puertorriqueños y las instituciones educativas alternativas como Boricua College, fundado en 1974.

En las luchas por las escuelas públicas que afectaban tanto a negros como a puertorriqueños, representantes de ambas comunidades—incluyendo a los padres y a los profesionales—trataron de subvertir las relaciones jerárquicas prevalecientes en el sistema escolar. El objetivo era descentralizar el poder y los recursos de manera que la burocracia central tuviera que compartir el control sobre el proceso educativo. Desafortunadamente, el Consejo Central de Educación, que concentraba el poder del sistema, se resistía a ceder sus prerrogativas. Aunque los electores africanoamericanos y puertorriqueños lograron algún apoyo entre políticos liberales e instituciones como la Fundación Ford, estos últimos grupos no compartían la visión a largo plazo de los activistas comunitarios. La preocupación de los aliados liberales era mitigar las disparidades en la calidad educativa instituyendo algunas reformas en las escuelas y delegando algunas funciones de supervisión a los padres a través de los consejos escolares electos. Pero esta agenda se quedaba corta al no tocar los asuntos básicos de supervisión, pedagogía y distribución de recursos que los grupos minoritarios planteaban. Sólo una reestructuración profunda de la educación pública, según los padres concernidos, le permitiría al sistema escolar preparar a los estudiantes adecuadamente para la fuerza laboral.

El cuadro se complicó aún más con la oposición de la Federación Unida de Maestros (UFT, por sus siglas en inglés), que inmediatamente se sintió amenazada por las demandas de los grupos comuni-

tarios. Los maestros percibían los reclamos de una amplia reforma educativa—incluyendo el controvertido asunto del derecho de los padres de transferir a los maestros a otra escuela—como intromisiones en su soberanía profesional. La mayoría de los neoyorquinos blancos se abanderó con la unión, temiendo que un fracaso en esta instancia estimularía a los movimientos minoritarios en otras áreas. En 1970, después de una lucha de tres años, se llevaron a cabo las primeras elecciones en la ciudad para escoger los consejos escolares descentralizados. Para entonces, sin embargo, la legislación propuesta se había diluído tanto y las fuerzas de oposición estaban tan bien organizadas que sólo en algunos distritos escolares más nuevos lograron control los padres y activistas de orientación reformista. Las autoridades establecidas lograron desviar y absorber el desafío de los grupos minoritarios. El análisis retrospectivo de Marilyn Gittell (1971) sobre las lecciones de este episodio ofrece un comentario profético sobre las relaciones raciales en la ciudad desde los años sesenta. Refiriéndose al poder atrincherado de la burocracia escolar, la unión de los maestros y otras fuentes de poder en la ciudad y el estado, Gittell (1971:160) apunta: “Su completa insensibilidad a las demandas de las comunidades negra y puertorriqueña y su falta de disposición a negociar sugieren una lucha continua y tal vez intensificada entre estas fuerzas. La polarización racial se ha hecho más abierta y pronunciada”.

Un conflicto paralelo rodeó a los programas contra la pobreza que surgieron en Nueva York. Estas iniciativas derivaron de la Guerra contra la Pobreza del Presidente Lyndon Johnson a través del Acta de Oportunidad Económica de 1964. Al igual que en la controversia sobre la descentralización escolar, los partidarios del cambio abordaron el problema desde dos perspectivas. Según Stephen M. David (1980:29),

había algunos decididos a administrar y controlar el descontento y otros involucrados en la reforma social... Los reformistas tendían a ver a estos grupos contra la pobreza como la base organizada desde la que los pobres podían expresar su descontento y presionar para el cambio; los “elitistas” los veían como un medio de promover la inclusión de representantes de la comunidad negra en el sistema político establecido.

La orientación principal de los programas era ampliar la provisión de servicios humanos a las comunidades desventajadas. La novedad consistía en el establecimiento de mecanismos completamente nuevos para la provisión de servicios, agencias que podían evadir

las estructuras existentes dentro de las jurisdicciones locales. Para reemplazar la dependencia en las agencias de empleo estatal, se establecieron centros para el adiestramiento ocupacional y el referido local en determinadas comunidades. Se organizaron programas de planificación familiar, oficinas de servicios legales y centros de cuidado diurno en los vecindarios. Algunos de estos programas debían sustituir a agencias municipales existentes, percibidas como insensibles a las necesidades de las minorías; otros (como los servicios legales y de cuidado diurno) representaban proyectos totalmente nuevos que llenaban un vacío para las poblaciones del interior de las ciudades. La extensión del sector público en áreas de actividades nuevas requirió una ampliación igualmente significativa del empleo público, ya que se reclutarían trabajadores adicionales para desempeñar las nuevas funciones y administrar las oficinas. El correspondiente crecimiento del empleo minoritario fue un producto fundamental de los programas contra la pobreza. Como señala Charles Morris (1980:66), "Probablemente la contribución más importante [de estos programas] fue sencillamente proporcionar empleos—empleos de clase media, en el servicio público, de cuello blanco—para un gran número de negros y puertorriqueños, un servicio parecido al desempeñado para los irlandeses por un sistema de patronazgo aún más craso hace un par de generaciones".

Los líderes comunitarios más sofisticados desarrollaron metas más allá de este nivel elemental de provisión de servicios, junto con la creación de empleos. ¿Por qué no ampliar los objetivos para abarcar estrategias de apoderamiento político, como sugería el lenguaje del Acta de Oportunidad Económica de "participación máxima factible"? Este término proviene de una cláusula en la legislación que creaba el Acta de Oportunidad Económica, permitiendo la participación directa de los representantes de la comunidad en todos los niveles de la planificación y administración de los programas contra la pobreza. Cada jurisdicción local determinaría los mecanismos concretos para implementar dicha participación (David 1971; para una evaluación escéptica de este programa, véase Moynihan 1969). Algunos líderes comunitarios decidieron usar las estructuras paralelas creadas por los programas federales de acción comunitaria para institucionalizar núcleos de poder minoritario. Así incluyeron, como parte de sus funciones de provisión de servicios, componentes que ayudaron a adiestrar y desarrollar un liderato político insurgente basado en las comunidades minoritarias. Al reorientar sus actividades hacia el cabildeo y la intervención política (incluyendo la descentralización escolar), los líderes comunitarios negros se trazaron metas

políticas mucho más ambiciosas que las previstas por los políticos del status quo (Morris 1980; David 1971).

El esfuerzo por convertir los programas contra la pobreza en algo más que un reclamo de más y mejores servicios condujo a una confrontación directa entre los activistas minoritarios y las élites políticas orientadas hacia los electorados étnicos blancos. Varios conflictos estallaron durante las administraciones de los alcaldes Robert Wagner y John Lindsay, pero para principios de los años setenta el desafío implícito a las estructuras políticas tradicionales se había reducido. Aunque la campaña contra la pobreza contribuyó al desarrollo de una generación de líderes políticos y a mitigar algunas manifestaciones extremas de la pobreza urbana, nunca llevó a la transformación del orden político y social que los contingentes más militantes esperaban. Para algunos neoyorquinos el principal logro de estos programas fue prevenir la recurrencia de los disturbios masivos que plagaron a las ciudades norteamericanas a fines de los sesenta (David 1971:52-53, citando varios informes periodísticos). Al igual que en otras áreas conflictivas, la elasticidad de las estructuras establecidas impidió los cambios sociales y políticos fundamentales.

Reacción y retroceso

Para principios de la década de 1970, la intensidad del activismo social y la insurrección habían alcanzado una meseta. Esta nivelación se debió tanto a las tendencias negativas en la economía como a la reacción política y racial de los neoyorquinos que resentían y temían las demandas de las comunidades minoritarias. Dicha resistencia se había evidenciado en varias luchas y conflictos durante los sesenta. En las múltiples controversias en torno a la vivienda, la descentralización de las escuelas, los programas contra la pobreza, los derechos al bienestar, la educación bilingüe, la acción afirmativa y la representación política, nunca estuvo ausente el elemento racial.

En el plano económico, la ciudad estaba perdiendo cientos de miles de empleos manufactureros a medida que los propietarios de fábricas aceleraban su emigración del área. Además, el impacto de una recesión nacional en 1974-75 y una creciente crisis fiscal llevaron a la ciudad al borde de la bancarrota en 1975. En suma, la porción del pastel que los neoyorquinos estaban acostumbrados a recibir se estaba haciendo más pequeña. Si se iban a ofrecer concesiones a los africanoamericanos y puertorriqueños que ahora insistían en recibir más que los bocados que tradicionalmente sobraban, ¿de dónde iban a salir esas concesiones? Independientemente de la importancia de la discriminación racial en la oposición a la movilidad social de las

minorías, el deterioro en las condiciones socioeconómicas de todos los neoyorquinos a mediados de los setenta sólo empeoró las perspectivas de una solución multirracial a la pobreza.

El conflicto en torno al control comunitario en el Distrito Escolar Uno ofrece un caso ilustrativo. El Distrito Uno comprende la mayor parte del Lower East Side de Manhattan, la epítome de la inmigración en los Estados Unidos. A principios de los setenta la lucha por la descentralización había enfrentado al superintendente de la escuela, un puertorriqueño, y una coalición de padres minoritarios, con una oposición compuesta por la unión de maestros (UFT), la burocracia escolar y los residentes blancos, algunos de los cuales enviaban a sus hijos a las escuelas locales. Tras años de conflictos prolongados y varias elecciones, la coalición minoritaria perdió y una nueva administración desmanteló los programas asociados con las iniciativas descentralizadoras: los proyectos bilingües, los estudios negros y las clases de lectura especial—todo esto en un distrito cuya matrícula era en un 73 por ciento puertorriqueña, 15 por ciento africanoamericana y ocho por ciento china (Fuentes 1984).

La resistencia a la igualdad racial fue la más feroz. En asuntos tales como la controversia de 1971 sobre la vivienda en Forest Hills, una victoria de los grupos minoritarios hubiera forzado a los blancos a compartir espacios sociales sobre una base diaria. La propuesta para crear viviendas de bajo costo en áreas de grupos étnicos blancos levantó tanta oposición de las comunidades locales, primordialmente judías e italianas, que se abandonó y finalmente transformó en un plan para residencias de envejecientes (Green y Wilson 1989:26-27). Jewell Bellush describe el entrelazo de las lógicas de clase y raza en la oposición de la comunidad al plan. A la vez que reconoce el prejuicio racial subyacente, Bellush (1971:124) señala que “los argumentos [contra el plan] generalmente estaban fraseados en términos económicos y clasistas; es decir, [se planteaba] que la vivienda pública amenazaba los valores de la propiedad y la estabilidad económica y social de la comunidad”.

Los conflictos en torno a los programas contra la pobreza surgieron primordialmente entre las comunidades minoritarias y las instituciones políticas o burocracias establecidas. Aquí se silenciaban las manifestaciones más abiertas del prejuicio racial y la resistencia frecuentemente se basaba en cuestiones fiscales: a saber, que las dificultades económicas de la ciudad impedían el financiamiento de tales iniciativas. No obstante, el uso de la ideología racial también surgía ocasionalmente: por ejemplo, se planteaba que la mejor manera de luchar contra la pobreza era levantarse

y ponerse a trabajar; o que todos los americanos debían aprender inglés por su cuenta.

Una vez agotados los enfoques más militantes, la actividad política minoritaria tendió a converger de nuevo en la esfera electoral. La Guerra contra la Pobreza y las administraciones reformistas de Wagner y Lindsay acercaron la vida política negra a la sociedad civil establecida, aunque el carácter de tal incorporación aún dejaba mucho que desear. En Brooklyn, Al Vann y Major Owens, líderes de muchas de las luchas comunitarias de los sesenta, desafiaron la organización demócrata regular, que tradicionalmente había excluido a los negros de la toma de decisiones del partido. Aunque sus esfuerzos fueron tenazmente resistidos por años, finalmente prevalecieron cuando Vann fue electo a la asamblea estatal en 1974 y Owens al Congreso de los Estados Unidos poco tiempo después (Kilson 1987:524; Green y Wilson 1989:108). No obstante, Martin Kilson (1987) piensa que a menos que la incorporación política étnica sea fuerte y estable y aumente las fuentes de solidaridad interna y externa, mantiene una posición vulnerable e inefectiva. Según Kilson, la incorporación política negra aún no había desarrollado características óptimas para mediados de la década de 1980.

En 1977, los esfuerzos de la comunidad negra se centraron en la elección de un candidato al puesto político más importante de la ciudad. Percy Sutton, el presidente del municipio de Manhattan, fue el primer africanoamericano en aspirar a la alcaldía. Aunque muchos jefes políticos del Partido Demócrata lo aceptaron por sus años de colaboración leal, la organización del partido y el alcalde incumbente, Abraham Beame, renegaron sus promesas anteriores de endosar al candidato negro. Y a pesar de una campaña que le restó importancia a su identidad racial, apelando a la ciudadanía blanca con un mensaje de control del crimen y excelencia administrativa, los votantes blancos no respondieron favorablemente. En la primaria Sutton sólo obtuvo el 14 por ciento de los votos y llegó quinto entre siete candidatos. Herman Badillo, un puertorriqueño no menos cualificado que Sutton, participó en las mismas elecciones y recibió aún menos votos. Para los negros y puertorriqueños, esta experiencia desastrosa reveló la resistencia de la sociedad blanca a compartir el liderato político con las minorías. La posterior victoria de Edward Koch en la elección general de 1977 pospuso el proceso de acomodo a las aspiraciones políticas de las minorías iniciado a principios de los setenta (Kilson 1987:527-28). No fue hasta la elección de David N. Dinkins en 1989 como primer alcalde negro de la ciudad que los africanoamericanos en Nueva York vieron una situación más favorable para ellos.

Solidaridad y competencia

Con pocas excepciones, las luchas de los negros y los puertorriqueños han sido esfuerzos conjuntos, aunque el liderato y la participación han variado de acuerdo con las circunstancias. Quizás la principal desviación de este patrón ha sido en el área de la educación bilingüe, que los negros, aunque más solidarios que los blancos, no han asumido como un problema propio. Además, para la década de 1980 los dos grupos se encontraron cada vez más en competencia en el plano electoral. Pero usualmente han colaborado como aliados por la movilidad social y el apoderamiento político. A lo largo de la mayor parte de la posguerra, su situación socioeconómica común y la posición compartida de "no tener nada que perder" aseguraron que las autoridades establecidas percibieran a las dos comunidades como antagonistas de tipo similar. Aun así, el compartir una relación adversarial con el status quo no siempre ha garantizado la cooperación entre los dos grupos. Dentro del contexto general de unidad, algunas coyunturas de competencia y a veces de confrontación han amenazado la solidaridad interétnica.

Las diferencias en cultura e historia explican algunas de las causas potenciales de fricción entre los dos grupos. Junto a su condición de inmigrantes más recientes, los puertorriqueños frecuentemente son vistos por los africanoamericanos como transeúntes, como residentes temporales de la ciudad y por lo tanto poco comprometidos con una participación duradera en los movimientos sociales. La diferencia de idioma ha presentado otro obstáculo frecuentemente difícil de superar. Y cuando se ha buscado la unidad entre los negros y *todos* los hispanos, la condición extranjera de los dominicanos y otros inmigrantes hispanoparlantes ha planteado complicaciones adicionales para la cooperación interétnica (Falcón 1985:8-9; Katznelson 1981:171-72). Por ejemplo, el ex-congresista puertorriqueño Robert García (1980) ha señalado que los asuntos relacionados con la inmigración representan un tema divisivo para la aceptación negra de la agenda política latina.

Algunos miembros de ambos grupos sostienen percepciones desfavorables del otro grupo. Los puertorriqueños tienden a creer que los africanoamericanos reciben un tratamiento preferencial en la distribución de empleos gubernamentales y fondos de servicios humanos. Muchos creen que cuando los líderes negros se encuentran en situaciones de manejo de crisis, inevitablemente se ocupan de los intereses de su propia comunidad primero. En Chicago y Filadelfia, por ejemplo, donde los puertorriqueños y otros latinos han apoyado candidatos negros en campañas exitosas para la alcaldía, los latinos

han expresado su preocupación de que el cambio de administración no los ha beneficiado grandemente (Falcón 1985:11-12; Institute for Puerto Rican Policy 1990a). De otra parte, algunos sectores de la comunidad negra sostienen que los puertorriqueños sólo han desempeñado un papel secundario en los movimientos de derechos civiles y que los latinos y otros grupos se han beneficiado desproporcionadamente de las luchas sociales dirigidas por los negros (Institute for Puerto Rican Policy 1990b:3). Dentro de cada comunidad, los miembros menos inclinados a la unidad interétnica se intercambian acusaciones e insultos, frecuentemente invocando estereotipos muy parecidos a los que articulan los blancos con perspectivas igualmente estrechas.

Independientemente de las fuentes de estas tensiones, las instancias de conflicto y turbulencia han servido sólo para reducir la solidaridad y la efectividad de la acción política interétnica. Dentro de los programas contra la pobreza, los negros y los puertorriqueños discutieron las asignaciones de presupuesto y las decisiones de personal. Frecuentemente asumieron posiciones contrarias al buscar participar en los comités asesores establecidos por las agencias municipales. Del mismo modo, en las batallas sobre control comunitario, estallaron disputas entre partidarios de los dos grupos a medida que la desconfianza mutua llevó a cada grupo a cuestionar los motivos y objetivos del otro. En el calor de la batalla, mientras los padres, líderes comunitarios y maestros simpatizantes luchaban por un escaño electoral en Washington Heights, los africanoamericanos y los latinos debatieron intensamente el número de candidatos a los consejos escolares que cada grupo debía tener. En otras instancias—como el caso de IS 201, relacionado con la intervención comunitaria en una escuela local—el idealismo y el sacrificio típicos de las primeras fases del movimiento dieron paso a una discordia agitada entre negros y puertorriqueños, especialmente cuando parecía que el movimiento estaba destinado al fracaso (véase Moynihan [1969:138] y David [1971:44] sobre el conflicto interétnico en los programas contra la pobreza; Katznelson [1981:171] sobre el proceso de elegir el consejo escolar en Washington Heights; y Ravitch [1974:393] sobre el caso de IS 201).

La incapacidad para dejar a un lado los intereses de cada grupo nuevamente impidieron la unidad interétnica durante la campaña por la alcaldía en 1977 y aún más gravemente en 1985. Si Sutton y Badillo hubieran fundido sus campañas en 1977, el voto africanoamericano y puertorriqueño hubiera obtenido una pluralidad en la primaria. Aunque el candidato minoritario probablemente habría perdido en

la elección general, se hubiera establecido un precedente para campañas futuras. En cambio, la búsqueda de poder político en la ciudad siguió evadiendo a las minorías. Incluso a mediados de los ochenta, cuando el alcalde Koch enajenó a las comunidades minoritarias y muchos otros neoyorquinos con su insensibilidad hacia los asuntos raciales, los africanoamericanos y puertorriqueños no lograron desarrollar una plataforma unida. Las divisiones entre los líderes políticos negros les impidió apoyar a Herman Badillo en su nuevo intento por ser electo alcalde. El resultante empate llevó a la reelección de Ed Koch en 1985 (Green y Wilson 1989:105-6; Shefter 1987:xv-xvi; Kilson 1987:528-29; *The New York Times* 1985).

Tales fueron las dinámicas internas de ambas comunidades durante el período en que intentaron establecerse dentro de la economía política de Nueva York en la posguerra. Para fines de la década de 1970 las nuevas circunstancias económicas requerían una reducción en las expectativas de las comunidades minoritarias. En el plano nacional, la política liberal del Nuevo Trato y el radicalismo militante fueron derrotados con la elección de Ronald Reagan como presidente en 1980. En el plano local, la administración de Koch asumió cada vez más las características de un régimen conservador, desplegando mayor sensibilidad y preocupación hacia los miembros de los grupos étnicos blancos que sus predecesores. En una ciudad tan tradicionalmente liberal como Nueva York, el prejuicio y la discriminación racial mostraron su tenacidad y persistencia. Los problemas económicos amenazaron la seguridad y el bienestar de la mayoría de los neoyorquinos, blancos o minoritarios. Desde el punto de vista de las minorías, estas condiciones precarias auguraban un curso aún más problemático para los puertorriqueños que para los africanoamericanos.

El impacto diferencial del estancamiento y la reestructuración

Para mediados de la década de 1970, los cambios en la estructura económica de la ciudad, iniciados hacía dos décadas, estaban madurando. Según Herbert Bienstock (1977:5), "Los cambios en los empleos en las décadas de 1950 y 1960 produjeron cambios significativos en las fuentes de nuevos empleos... Entre 1950 y 1970, el número de empleos en la ciudad de Nueva York aumentó por unos 250,000, ya que la pérdida de unos 300,000 empleos en las industrias productoras de bienes fue más que compensada por un aumento de 572,000 en los sectores de servicio". El surgimiento de una economía de

servicio en el contexto de la globalización redujo al sector manufacturero tradicional a una pequeña porción de su antiguo lugar prominente en la ciudad. Entre 1950 y 1976, los empleos manufactureros declinaron de 1,038,900 a 527,000—una pérdida de más de 50 por ciento—y la mitad de la reducción ocurrió entre 1970 y 1975 (Beame 1976:9-10).

El cuadro que surge de los datos disponibles revela distinciones importantes entre los trabajadores minoritarios. Por varias razones, las repercusiones de estos cambios estructurales perjudicaron más a los puertorriqueños que a los africanoamericanos. Para empezar, los puertorriqueños estaban más concentrados en ocupaciones en declive. En 1950, el 64.5 por ciento de todos los trabajadores puertorriqueños tenía empleos de cuello azul, comparado con el 42.4 por ciento de los negros (U.S. Department of Labor 1968:14). Por lo tanto, los puertorriqueños—y especialmente las mujeres puertorriqueñas—tenían más que perder que los africanoamericanos al contraerse estas ocupaciones. A no ser que logren una transición exitosa a otros tipos de empleo, la sobrerepresentación de los puertorriqueños en el reducido sector de cuello azul presagia un futuro aún más difícil.

Las dos fuentes de empleo para trabajadores no diestros que se ampliaron significativamente, las ocupaciones clericales y de servicio, eran menos accesibles para los puertorriqueños que para los africanoamericanos debido al factor lingüístico. En el comercio al detal y las industrias de salud, por ejemplo, los trabajadores que sirven al público deben dominar el idioma inglés. Lo mismo aplica a las personas en las ocupaciones clericales (tales como recepcionistas y otros trabajadores de oficina) que requieren destrezas básicas de comunicación.

Estas circunstancias han sido especialmente desfavorables para las mujeres puertorriqueñas, que se concentraban grandemente en los empleos manufactureros durante los años cincuenta y sesenta. En 1960 y 1970, respectivamente, el 72 y el 41 por ciento de las trabajadoras puertorriqueñas se encontraba en ocupaciones de cuello azul (Gray 1975: Cuadro 1). La desventaja relativa de las mujeres se evidencia en las tendencias generales en la participación laboral femenina: entre 1950 y 1980 la tasa de participación para las mujeres negras aumentó levemente, de 48 a 51 por ciento, mientras que para las mujeres puertorriqueñas se redujo de 40 a 34 por ciento (véase Torres 1988). Solamente entre 1960 y 1970 la tasa de participación femenina puertorriqueña disminuyó de 38 a 27 por ciento, indicando que éste fue un período sumamente perjudicial para la comunidad puertorriqueña.

Rosemary Santana Cooney (1979) propone que las mujeres puertorriqueñas han sido especialmente vulnerables a los cambios estructurales en Nueva York, apuntando que en otras ciudades han mostrado tasas de participación consistentemente superiores. Otras explicaciones para las bajas tasas de participación laboral de las mujeres puertorriqueñas han dependido de los valores culturales. Según una versión conocida de esta tesis, la cultura hispánica y las tradiciones machistas fomentan un papel puramente doméstico para las mujeres. En otra línea, algunos estudios informales e informes anecdóticos sugieren que las latinas se resisten a transferir sus deberes de cuidado infantil a personas no emparentadas y por lo tanto a usar las facilidades de cuidado diurno, especialmente cuando el personal no es hispano. Se supone que aquí opere una serie de creencias y costumbres distintas a las de la cultura africanoamericana, pero no conozco de ningún estudio que analice comparativamente las tasas de participación de las mujeres africanoamericanas y puertorriqueñas desde esta perspectiva.

Por último, el éxito de los africanoamericanos en establecer un nicho temprano en el sector gubernamental en expansión les proporcionó una medida de protección contra el declive en las industrias productoras de bienes. Aunque los negros han hecho algunos avances en la industria privada, la importancia del poder político se evidenció más claramente en el sector público. Para 1980, el 28.7 por ciento de todos los trabajadores negros eran empleados públicos, comparados con el 18.8 por ciento de los trabajadores puertorriqueños y el 14.9 por ciento de los trabajadores blancos (Center for Puerto Rican Studies 1986: Cuadro 16). La ventaja provista por el empleo público se manifestó durante la recesión de los setenta, cuando los salarios de los empleados públicos se mantuvieron relativamente inmunes a la contracción económica. En la mayoría de las categorías clericales, de mantenimiento diestro y profesionales, los trabajadores municipales ganaban más que sus contrapartidas en la fuerza laboral privada (Bienstock 1977). Un estudio de Raymond Horton (1977:7) reveló el siguiente dato: "Los oficiales de la policía, un grupo representativo debido a las numerosas relaciones horizontales y verticales de pago a través del servicio público, obtuvieron ganancias en sueldos reales de 21.3 por ciento en el período 1965-1976, un aumento mucho mayor que los obtenidos por los trabajadores en el sector privado".

No obstante, la crisis fiscal de la ciudad resultó en muchos despidos que debilitaron aún más la posición laboral puertorriqueña. El

sistema de antigüedad tendió a proteger a los negros—gracias a su ingreso más temprano—más que a los puertorriqueños y otros hispanos. Un estudio encontró que los hispanos constituían el grupo minoritario más afectado por los despidos municipales: durante el período de julio de 1974 a noviembre de 1975, el 51.2 por ciento de todos los empleados públicos hispanos perdió su trabajo en Nueva York. Anteriormente habían representado el 6.4 por ciento de la fuerza laboral pública. Los trabajadores negros, que representaban el 25.4 por ciento, disminuyeron en un 35 por ciento en el empleo público (Stafford 1983:59).

En resumen, durante la transición crítica de los setenta, los africanoamericanos estaban relativamente mejor colocados que los puertorriqueños para soportar las severas dislocaciones económicas y políticas de la ciudad de Nueva York. La década siguiente trajo nuevos desarrollos que amoldarían aún más las condiciones relativas de los dos grupos: una bifurcación en las oportunidades económicas como resultado de las políticas de reestructuración, un aumento sustancial en la mano de obra y el empresariado inmigrante y la coexistencia de una participación política ampliada y una continua exclusión económica para las minorías nativas.

NOTAS

1. Este artículo es una versión revisada del Capítulo 3 de mi libro, *Between Melting Pot and Mosaic: African Americans and Puerto Ricans in the New York Political Economy* (Torres 1995). Le agradezco a Jorge Duany su excelente traducción al español.
2. Este es el tema del Capítulo 4 de mi libro (Torres 1995).
3. Calitri y Falcón (1982) realizaron un análisis demográfico de catorce distritos electorales con poblaciones puertorriqueñas significativas; sólo cinco tenían mayorías hispanas. Este estudio también señala que debido a la edad mediana más joven y a niveles más bajos de inscripción de votantes, la población electoral es desproporcionadamente baja. Como un veterano analista político señaló anteriormente, "A pesar de tener unos 300,000 votantes inscritos, los votos hispanos están dispersos por la ciudad, lo cual difunde su fortaleza... Los votantes hispanos se distinguen por sus bajas tasas de participación, frecuentemente tan bajas como 5 por ciento" (Lombardi 1977:62).
4. Véase también el libro de Robert Weisbrot, *Father Divine* (1983), que detalla la vida y época del legendario líder religioso, George Baker, poniendo énfasis en su papel como activista social.

REFERENCIAS

- Abrams, Charles. (1959). Recommendations and Report Summary. En *Discrimination and Low Incomes*, editado por Aaron Antonovsky y Lewis Lorwin. Nueva York: New School for Social Research.
- Anderson, Jervis. (1981). *This Was Harlem: 1900-1950*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux.
- Beame, Abraham. (1976). *Economic Recovery: New York City's Program for 1977-1981*. Nueva York: Department of City Planning.
- Bellush, Jewell. (1987). Room at the Top: Black Women and District Council 37. *Dissent* 34 (4).
- Bellush, Jewell. (1971). Housing: The Scattered-Site Controversy. En *Race and Politics in New York City*, editado por Jewell Bellush y Stephen M. David. Nueva York: Praeger.
- Bienstock, Herbert. (1977). New York City's Labor Market: Past Trends, Current Traditions, Future Prospects. *City Almanac* 12 (4).
- Block, Herman. (1969). *The Circle of Discrimination: An Economic and Social Study of the Black Man in New York*. Nueva York: New York University Press.
- Bonilla, Frank, y Ricardo Campos. (1986). *Industry and Idleness*. Nueva York: Center for Puerto Rican Studies.
- Brecher, Charles, y Emmanuel Tobier. (1977). *Economic and Demographic Trends in New York City: The Outlook for the Future*. Nueva York: Temporary Commission on City Finances.
- Calitri, Ronald, y Angelo Falcón. (1982). *Latino Voter Registration in New York City*. Nueva York: Institute for Puerto Rican Policy.
- Center for Puerto Rican Studies. (1986). *Characteristics of Persons, Families, and Households Living in New York City, 1980*. Nueva York: Center for Puerto Rican Studies, Hunter College.
- Clark, Kenneth. (1965). *Dark Ghetto*. Nueva York: Harper & Row.
- Cohen, Steven, y Robert E. Kapsis. (1978). Participation Rates of Blacks, Puerto Ricans, and Whites in Voluntary Associations: A Test of Current Theories. *Social Forces* 56 (junio):1051-71.
- Cooney, Rosemary Santana. (1979). Intercity Variations in Puerto Rican Female Participation. *Journal of Human Resources* 14 (primavera).
- David, Stephen M. (1971). Welfare: The Community-Action Program Controversy. En *Race and Politics in New York City*, editado por Jewell Bellush y Stephen M. David. Nueva York: Praeger.
- Dye, Thomas R., y James Renick. (1981). Political Power and City Jobs: Determinants of Minority Employment. *Social Science Quarterly* 62 (septiembre).
- Eisenger, P.K. (1982). Black Empowerment in Municipal Jobs: The Impact of Black Political Power. *American Political Science Review* (junio).

- Ellison, Julian. (1976). The New York Fiscal Crisis and Its Economic Impact on Minority Communities. *Review of Black Political Economy* 4 (primavera).
- Falcón, Angelo. (1985). *Black and Latino Politics in New York City*. Nueva York: Institute for Puerto Rican Policy.
- Falcón, Angelo. (1984). A History of Puerto Rican Politics in New York City. En *Puerto Rican Politics in Urban America*, editado por James Jennings y Monte Rivera. Westport, Conn.: Greenwood Press.
- Fitzpatrick, Joseph P. (1971). *Puerto Rican Americans: The Meaning of Migration to the Mainland*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- Fuentes, Luis. (1984). The Struggle for Local Political Control. En *The Puerto Rican Struggle: Essays on Survival in the U.S.*, editado por Clara E. Rodríguez, Virginia Sánchez-Korrol y José Oscar Salers. Maplewood, N.J.: Waterfront Press.
- García, Robert. (1980). Hispanics Have to Work Closely with Blacks. *The New York Times*, 30 de mayo.
- Gittell, Marilyn. (1971). Education: The Decentralization-Community Control Controversy. En *Race and Politics in New York City*, editado por Jewell Bellush y Stephen M. David. Nueva York: Praeger.
- Glazer, Nathan, y Daniel P. Moynihan. (1963). *Beyond the Melting Pot*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Gordon, Milton. (1961). *Assimilation in American Life*. Nueva York: Oxford University Press.
- Gray, Lois. (1975). The Jobs Puerto Ricans Hold in New York City. *Monthly Labor Review* 98 (octubre).
- Green, Charles, y Basil Wilson. (1989). *The Struggle for Black Empowerment in New York City*. Nueva York: Praeger.
- Handlin, Oscar. (1959). *The Newcomers: Negroes and Puerto Ricans in a Changing Metropolis*. Nueva York: Anchor Press.
- Horton, Raymond. (1977). People, Jobs, and Public Finance in New York City. *City Almanac* 12 (2).
- Institute for Puerto Rican Policy. (1990a). *The Dinkins Administration and the Puerto Rican Community*. Nueva York: Institute for Puerto Rican Policy.
- Institute for Puerto Rican Policy. (1990b). *Proceedings of a Conference on Black/Hispanic Dialogue*. Nueva York: Institute for Puerto Rican Policy.
- Jackson, P. (1981). Paradoxes of Puerto Rican Segregation in New York. En *Ethnic Segregation in Cities*, editado por C. Peach, V. Robinson y S. Smith. Londres: Croom Helm.
- Jennings, James. (1977). *Puerto Rican Politics in New York City*. Washington, D.C.: University Press of America.
- Jennings, James, y Monte Rivera, eds. (1984). *Puerto Rican Politics in Urban America*. Westport, Conn.: Greenwood Press.
- Katznelson, Ira. (1981). *City Trenches*. Chicago: University of Chicago Press.

- Katznelson, Ira. (1973). *Black Men, White Cities*. Londres: Oxford University Press.
- Kilson, Martin. (1987). The Weakness of Black Politics. *Dissent* 34 (4).
- Lewis, Oscar. (1966). *La Vida: A Puerto Rican Family in the Culture of Poverty*. Nueva York: Random House.
- Linkh, Richard M. (1975). *American Catholicism and European Immigrants, 1900-1924*. Staten Island, N.Y.: Center for Migration Studies.
- Lombardi, Frank. (1977). It's a Tough Town. *Daily News*, 31 de marzo, p. 62.
- López, Adalberto. (1980). The Puerto Rican Diaspora. En *The Puerto Ricans*, editado por Adalberto López. Cambridge, Mass.: Schenkman.
- Morris, Charles. (1980). *The Cost of Good Intentions: New York City and the Liberal Experiment, 1960-1975*. Nueva York: Norton.
- Moynihan, Daniel P. (1979). Patterns of Ethnic Succession: Blacks and Hispanics in New York City. *Political Science Quarterly* 94 (primavera):1-14.
- Moynihan, Daniel. (1969). *Maximum Feasible Misunderstanding*. Nueva York: Free Press.
- Naison, Mark. (1983). *Communists in Harlem during the Depression*. Urbana: University of Illinois Press.
- National Commission for Employment Policy. (1982). *Hispanics and Jobs: Barriers to Progress*. Washington, D.C.: National Commission for Employment Policy.
- Nelson, Dale. (1984). The Political Behavior of New York Puerto Ricans: Assimilation or Survival. En *The Puerto Rican Struggle: Essays on Survival in the U.S.*, editado por Clara E. Rodríguez, Virginia Sánchez-Korrol y José Oscar Alers. Maplewood, N.J.: Waterfront Press.
- New York City Board of Education. (1958). *The Puerto Rican Study: 1953-1957*. Nueva York: Board of Education.
- New York City Commission on Human Rights. (1964). *The Ethnic Survey*. Nueva York: Commission on Human Rights.
- New York City Department of City Planning. (1991). Components of Population Change by Race and Hispanic Origin or Descent, 1980-1990. Informe inédito, División de Población, mayo.
- Oreskes, Michael. (1987). Is It Still a Union Town? *Dissent* 34 (4).
- Osofsky, Gilbert. (1971). *Harlem: The Making of a Ghetto*. Nueva York: Harper & Row.
- Ortiz, Altagracia. (1990). Puerto Rican Workers in the Garment Industry of New York City: 1920-1960. En *Labor Divided: Race and Ethnicity in U.S. Labor Struggles, 1935-1960*, editado por Robert Asher y Charles Stephenson. Albany: State University of New York Press.
- Ottley, Roi, y William J. Weatherby. (1967). *The Negro in New York*. Dobbs Ferry, N.Y.: Oceania.
- Piven, Frances Fox, y Richard A. Cloward. (1977). *Poor People's Movements*. Nueva York: Vintage.

- Ravitch, Diane. (1974). *The Great Culture Wars: New York City, 1805-1973*. Nueva York: Basic Books.
- Rodríguez, Clara E. (1989). *Puerto Ricans: Born in the U.S.A.* Boston: Unwin Hyman.
- Rosenberg, Terry J., y R.W. Lake. (1976). Toward a Racial Model of Residential Segregation and Succession: Puerto Ricans in N.Y.C., 1960-1970. *American Journal of Sociology* 81.
- Rubenstein, Richard E., y Robert M. Fogelson. (1969). *The Harlem Riot of 1935*. Nueva York: Arno Press.
- Sanabria, Carlos. (1991). Patriotism and Class Conflict. *Latino Studies Journal* (primavera).
- Sánchez, José. (1983). Residual Work and Residual Shelter. En *Critical Perspectives on Housing*, editado por Rachel G. Bratt, Chester Hartmann y Ann Meyerson. Filadelfia: Temple University Press.
- Sánchez-Korrol, Virginia. (1984). The Survival of Puerto Rican Women in New York before World War II. En *The Puerto Rican Struggle: Essays on Survival in the U.S.*, editado por Clara E. Rodríguez, Virginia Sánchez-Korrol y José Oscar Alers. Maplewood, N.J.: Waterfront Press.
- Santiago, Isaura. (1978). *A Community's Struggle for Equal Opportunity: Aspira vs. Board of Education*. Princeton, N.J.: Educational Testing Service.
- Scheiner, Seth M. (1965). *Negro Mecca: A History of the Negro in New York City, 1865-1920*. Nueva York: New York University Press.
- Shefter, Martin. (1987). *Political Crisis, Fiscal Crisis*. Nueva York: Basic Books.
- Sowell, Thomas. (1981). *Ethnic America*. Nueva York: Basic Books.
- Spero, Sterling D., y Abram L. Harris. (1974). *The Black Worker*. Nueva York: Atheneum.
- Stafford, Walter. (1983). *Racial, Ethnic, and Sexual Stratification in Affirmative Action Planning in New York City's Public and Private Sectors*. Washington, D.C.: U.S. Commission on Civil Rights.
- Stevens-Arroyo, Antonio. (1984). Puerto Rican Struggles in the Catholic Church. En *The Puerto Rican Struggle: Essays on Survival in New York City*, editado por Clara E. Rodríguez, Virginia Sánchez-Korrol y José Oscar Alers. Maplewood, N.J.: Waterfront Press.
- Tomasi, Silvano. (1975). *Piety and Power: The Role of Italian Parishes in the New York Metropolitan Area (1899-1930)*. Staten Island, N.Y.: Center for Migration Studies.
- Torres, Andrés. (1995). *Between Melting Pot and Mosaic: African Americans and Puerto Ricans in the New York Political Economy*. Filadelfia: Temple University Press.
- Torres, Andrés. (1988). *Human Capital, Labor Segmentation, and Inter-Minority Relative Status*. Tesis doctoral, New School for Social Research.
- U.S. Commission on Civil Rights. (1976). *Puerto Ricans in the Continental United States: An Uncertain Future*. Washington, D.C.: Government Printing Office.

LOS AFRICANOAMERICANOS Y LOS PUERTORRIQUEÑOS EN NUEVA YORK

- U.S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics. (1968). *The Labor Force Experience of the Puerto Rican Worker*. Washington, D.C.: Government Printing Office.
- Wagenheim, Kal. (1975). *A Survey of Puerto Ricans in the U.S. Mainland in the 1970's*. Nueva York: Praeger.
- Weisbrot, Robert. (1983). *Father Divine*. Boston: Beacon Press.
- Wilson, James Q. (1960). *Negro Politics: A Search for Leadership*. Glencoe, Ill.: Free Press.

RESUMEN

Este artículo analiza las diferencias en la experiencia de los africanoamericanos y los puertorriqueños en la ciudad de Nueva York. La tesis del artículo es que los africanoamericanos ocupaban una mejor posición que los puertorriqueños para enfrentar los cambios económicos en la Nueva York de la posguerra. La comparación entre los dos grupos comienza por su trasfondo histórico para determinar cómo reaccionaron a los cambios económicos y políticos en la ciudad. Se examina detalladamente la infraestructura comunitaria de los africanoamericanos y puertorriqueños, incluyendo sus organizaciones, redes y prácticas tradicionales. Además se analiza la interacción entre varios rasgos históricos e institucionales de la comunidad, tales como sus patrones de migración y asentamiento, sus características residenciales, sus instituciones sociales y religiosas y su organización política. Posteriormente se discuten las luchas por la igualdad social y la movilidad económica desde la Segunda Guerra Mundial y se concluye que el estancamiento y la reestructuración económica de la ciudad de Nueva York han tenido un impacto diferencial sobre la comunidad africanoamericana y la puertorriqueña. [**Palabras clave:** racismo, reestructuración económica, organización comunitaria, movilización política, minorías étnicas y raciales.]

ABSTRACT

This article analyzes the differences in the experience of African Americans and Puerto Ricans in New York City. The thesis of the article is that African Americans were better positioned than Puerto Ricans to face the economic changes of postwar New York. The comparison between the two groups begins with their historical background to determine how they reacted to the economic and political changes in the city. The essay examines in detail the community infrastructure of African Americans and Puerto Ricans, including their organizations, networks, and traditional practices. Furthermore, the interaction among several historical and institutional community traits is analyzed, such as migration and settlement patterns, residential characteristics, social and religious institutions, and political organization. The struggles for social equality and economic mobility since World War II are discussed next. To conclude, the article argues that New York City's economic stagnation and restructuring has had a differential impact on the African American and Puerto Rican communities. [**Keywords:** racism, economic restructuring, community organizing, political mobilization, ethnic and racial minorities.]